

Morruena Estruugana

EL
CÍRCULO
PERFECTO



EL
CÍRCULO 
PERFECTO

(El reino del Águila I)

Morueña Estringana ©2016

Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera conciencia.

Primera Edición: Enero 2016

Imagen de la portada: Shutterstock

Fotocomposición: Poppy Pots Design©

Título Original: El círculo perfecto (El reino del águila I)

Del texto: Moruena Estríngana©

Corrección morfosintáctica y de estilos: Tara Howell©

De esta edición: Red Apple Ediciones©

Moruena Estríngana © 2016

ISBN: 978-84-944283-7-1

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro –incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet– y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

*Dedico este libro a mi prometido.
Fuiste el primero en creer en mí, el primero en ilusionarte con
mis libros. Gracias por estar a mi lado siempre. Eres mi gran apoyo,
mi inspiración, mi otra mitad, MI CÍRCULO PERFECTO.
Te quiero.*

Introducción

A decorative flourish consisting of a central scroll-like element with symmetrical leaf-like shapes extending outwards, positioned below the title.

En un lugar donde la magia es un don y no un castigo, existe un pequeño pueblo que no es grande por sus dimensiones, sino por sus habitantes que lo hacen un lugar único.

Personas que se han visto repudiadas por tener el preciado don de la magia, que se ven obligadas a vivir en el único lugar de la tierra donde se les permite usarlo sin pena ni castigo.

Un hermoso lugar rodeado de un mar en calma, de frondosos bosques y bellas montañas que le dan cobijo haciendo que quede protegido. Un paraje bello por su vegetación donde la magia tiene mucho en la creación de la hermosa campiña.

Un lugar donde el tiempo transcurre de manera diferente, pues su gente ha aprendido a vivir la vida y no a dejar que la vida les arrastre y donde encontrar personas que siguen sus propios criterios de moda.

Con un orgulloso castillo de color blanco y con una gran torre azul central con varias más pequeñas a los lados, cuida en silencio de ese pequeño lugar que nace

bajo sus faldas. Que cuando amanece, se ve de color rojizo al absorber los rayos del sol y cuando anoche se va oscureciendo como su entorno.

Un lugar que guarda tres intensas historias de amor, donde descubrirás lo fuerte que puede ser el vínculo del amor verdadero.

Pero antes de conocer esas intensas historias, hay que empezar por el principio para entender mejor cómo sucedió todo y para descubrir por qué en este precioso pueblo habita la leyenda de un joven príncipe encerrado en el tiempo a la espera de que su alma gemela lo libere y pueda cumplir al fin su venganza... hay que conocer qué ocurrió en el principio.

Esta bella historia empieza así...

Prólogo



1492

Petra profirió un último grito antes de sentir cómo su segundo hijo llegaba al mundo. Esperó entre jadeos el llanto del recién nacido, a quien iba a llamar Peter. Podía escuchar los débiles resuellos de la niña, que había nacido antes que su hermano, pero no se escuchaba nada más. Solo un angustioso y preocupante silencio desgarraba la habitación y Petra comenzó a desesperarse, a temerse lo peor. ¿Por qué no ocurría nada? Levantó la vista hacia su amiga y comadrona y sus ojos llenos de lágrimas le confirmaron su mayor miedo: Peter había nacido sin vida.

Un nudo de dolor se le instaló en el pecho, no podía ser. La incredulidad chocaba cara a cara con la realidad; amaba a su hijo incluso antes de que naciera, y esa noche la cruda vida había roto el vínculo que se había gestado desde que supo que estaba en estado.

Se levantó como pudo del camastro de paja y miró al bebé, que yacía sin vida en los brazos de la mujer. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando esta se lo tendió para que

lo cogiera. Por más magia que tuviera, no podría revivir a su hijo, esta vez su don no iba a servir para nada. La magia no lo era todo en la vida.

Contempló a Peter. Era tan hermoso. La muerte no podía estropear su belleza. Le acarició suavemente su dulce carita y le apartó el pelo negro de la frente dejando que sus lágrimas bañaran el diminuto rostro. ¿Por qué él? Era tan pequeño... Se dirigió lentamente hacia la salida, aguantando el dolor, pues necesitaba irse. Aunque sintiera que con cada paso se desgarraba por dentro.

—No debes moverte. Es mejor... —no quería escuchar nada así que la silenció con un movimiento de la mano.

—Solo quiero pasear con él.

—Eso no hará que reviva.

—Tal vez, el aire de la noche... la luna llena... —su voz estaba rota por la desesperación. Sabía que estaba delirando, que su hijo había nacido muerto, pero no podía aceptarlo sin más. Aunque su paseo solo acabaría retrasando el momento de dejarlo marchar, necesitaba estar con esa pequeña parte de ella un poco más y el dolor que la asediaba no era suficiente para detenerla, pues no era nada comparado con el de su corazón.

Cogió una manta, pequeña y oscura, para tapar al pequeño, aunque ya nada podría hacer por él. Se acercó a la puerta lenta y trabajosamente para salir de la habitación, echando un rápido vistazo a su hija. Esta tenía los ojos bien abiertos mientras contemplaba la nueva vida que se mostraba ante ella. Su dulce mirada lo observaba todo sin ver nada y el pelo, de color castaño, se le pegaba a la frente de forma tierna y graciosa. Era tan hermoso verla llena de vida... pero un vistazo a Peter le encogía el corazón. Debería estar celebrando la vida de su hija, pero el cruel destino había querido que riera con un nudo de dolor que teñía de gris su felicidad.

Lo más extraño era, que desde el día en que supo que estaba embarazada, había tenido el presentimiento de que su hijo, haría algo grande en la vida. Nunca había sucedido antes pero esta vez había errado en su predicción.

Petra salió a la fría noche y desvió su mirada hacia la luz que había en uno de los establos del castillo. No le prestó atención, no había nada más allá de su pena, pero la voz furiosa de su hermano penetró en su embotamiento y sus palabras la sobresaltaron haciendo que se precipitara hacia ellos curiosa por lo que había podido causar aquel enfrentamiento, no se fiaba de él y esto no auguraba nada bueno y más cuando este era consejero del hermano del difunto rey.

Días atrás su amiga, la reina, le había confesado que temía mucho por su niño aún no nacido que portaba en su vientre, era el próximo heredero al trono tras morir su marido. Estaba preocupada ante la posibilidad de que su cuñado tramara algo para quitarle lo que le pertenecía por derecho, y ambas eran conscientes de que su temor era más que justificado. Habían visto lo cruel y rastrero que era el pariente de la reina con los habitantes del pueblo, incluso antes de llegar al trono. Ahora, como rey en funciones hasta el nacimiento de su sobrino y el posterior nombramiento del pequeño al cumplir la mayoría de edad, trataba de ser justo, no tenía el poder absoluto aún, pero a ellas no se dejaban engañar por su cara bondadosas y sus buenas palabras, habían visto ya cómo su mirada se tornaba fría y cruel a medida que el vientre de la reina crecía, sabiendo que ese pequeño tendría lo que el tanto ansiaba.

Y para más inri, en todas sus sospechas se añadía el hecho de que el padre del futuro heredero al trono había fallecido en extrañas circunstancias. No le convencían las explicaciones de que un experimentado jinete se callera del caballo sin más, la verdad era mucho más compleja y

sospechaba que tras ella, se encontraban su propio hermano y el del rey. Un hermano que no esperó a que se enfriara el cadáver para nombrarse heredero, alegando que el reino mágico no podía estar sin un gobernante.

Sin embargo, que la reina se encontrara en estado lo pilló por sorpresa. La mujer no había sabido de su condición hasta un mes después de la muerte de su amado esposo. Su cuñado aceptó al futuro rey con hipocresía, pues todos sabían que alegaba entre los criados, cuando estaba ebrio, que el hijo sería de algún sucio aldeano.

El pueblo amaba a la reina y todos los habitantes habían sido testigos del amor que se habían profesado ambos cónyuges reales. Nadie había creído al regente en funciones y, como muy bien había descubierto ahora Petra, estaba a años luz de quedarse quieto viendo cómo un pequeño infante le quitaba lo que él creía suyo, estaba tramando algo con su hermano para quitarse del medio al heredero.

Se olvidó de su dolor una vez más y, abrazando a su hijo, se acercó para escuchar a su malvado hermano. Estaban tramando algo, y más teniendo en cuenta el lugar en el que lo encontraba y la hora que era.

—Hay que matarlo. Ese niño tiene que morir esta misma noche. —se le heló sangre al escuchar las palabras que pronunciaba la voz que no reconocía. «*¡Otro pequeño muerto no, por Dios!*», pensó mientras sostenía al suyo entre sus manos, temblorosas por el sobresfuerzo que estaba haciendo tras dar a luz.

Se asomó un poco más para comprobar si era el tío del futuro rey el que hablaba. Iba a matar a su sobrino para asegurarse el trono.

Se alejó temiendo delatar su presencia y caminó con paso decidido y tembloroso hacia el castillo. No iba a permitir que muriera otro niño esa noche, nadie se

merecía una muerte tan prematura, y mucho menos el legítimo rey del Reino del Águila.

Tenía que hacer algo por su amiga, por el futuro rey, y por su pueblo. Miró a su hijo, refugiado entre sus brazos, y supo lo que tenía que hacer, no había otra salida. Subió las escaleras hasta la habitación de la reina, ignorando su dolor. Ya tendría tiempo después para recuperarse y para despedirse de su hijo con una dulce plegaria.

Llegó a los aposentos y abrió la puerta. Hacía mucho calor dentro de la estancia, habían cerrado todas las ventanas por miedo a que la mujer enfermara. La madre de la reina se encontraba junto a la cama y la reina alzó la vista y, tras ver la cara de preocupación de su amiga, despidió a todos los presentes y le pidió que se acercase.

—¡A que es precioso! —Afirmó más que preguntó al tocar la carita del pequeño que era acunado cerca de su pecho.

Lo observó y vio lo hermoso que era.

—Es... ¡Oh...! No hay tiempo, Claris —dijo hablando con apremio.

—¿Qué pasa?

—Quieren matar a...

—A Derek —interrumpió la reina, nombrando a su hijo—. Mi cuñado no va a dejar que el reino se le escape de las manos. —no necesitó que se lo confirmara para saber con certeza que no estaba equivocada—. Ese desgraciado... Mis sospechas eran ciertas, debería haberme marchado... y ya no hay tiempo —reconoció, destrozada y preocupada—. ¿Qué podemos hacer?

—He pensado en algo —dijo Petra con lágrimas en los ojos y sintiendo como cada minuto que pasaba estaba más débil. Notaba como su vestido se estaba empapando

de sangre. Tomo aire y prosiguió—. Es arriesgado, pero no tenemos otra opción...

—Tu hermano le ayuda, ¿no? —Petra asintió con lágrimas en los ojos; la culpabilidad por el hecho de que alguien de su sangre participara en tal atrocidad era muy amarga y más si dicho pariente con su poder podría matar al pequeño casi sin esfuerzo—. ¿Y qué opción tenemos?

—Solo nos queda una y es cambiar a tu hijo por el mío.

—¿Tu hijo? —Fue entonces cuando le reina reparó en el bulto que su amiga llevaba entre los brazos y que agarraba con fuerza contra su corazón—. ¡Oh, Petra! Pero, ¿por qué quieres cambiar al tuyo por el mío? No puedo permitirlo. Y sabes que ese es el destino que mi cuñado aguarda para mi hijo.

—Mí... ¡nació muerto, Claris! Y ahora sé cuál era su destino —gritó con la voz rota por el llanto y no pudo evitar abrazar a su niño.

—Lo siento. —La reina observó cómo su amiga dejaba en la cama a su hijo, después de darle un tierno beso. Luego contempló al suyo y se le rompió el alma por lo que debía hacer—. No puedo dejarlo ir...

No quería perder a Derek. Era injusto que las ansias de poder de su cuñado le hicieran tener que desprenderse de su pequeño. Se había sentido tan contenta al dar a luz, al coger al niño entre sus brazos y ver que era una pequeña replica de su marido... ¡No podría asimilar la pérdida de otro ser querido! Pero sabía que tenía que hacerlo, aunque le doliera. Debía dejarlo marchar, solo así le salvaría la vida.

—Aquí lo matarán. Yo conozco a un capitán de barco antiguo guerrero de palacio que le puede enseñar todo lo que aprendió del arte de la guerra, de la magia y a ser un príncipe. Cuando tenga edad suficiente y sea fuerte

para usar la magia, podrá volver para reclamar su reino, la mayoría de edad le hará al fin único heredero. No nos queda otra opción, ni tiempo. Si sales del reino con él, podrían alcanzarte y quitártelo, en cambio a mí no me prestaran atención, para ellos no soy más que una pobre aldeana.

—Yo... tienes razón.

La reina asintió queriendo mostrar una fortaleza que estaba lejos de sentir, mientras una lágrima solitaria se deslizó desde sus ojos y callo sobre la frente del pequeño. Lo abrazó tratando de coger fuerzas, sabiendo que era posible que nunca más volviera a verlo. Intentó convencerse de que aquello lo hacía para salvarle aunque ya nada sería lo mismo sin su príncipe.

Tomo una fuerte bocanada de aire pues sabía que no tenía tiempo y que su dolor por dejar marchar a Derek no podía anteponerse al de salvarle la vida. Haría lo que fuera por su hijo, aunque para ello tuviera que decirle adiós. La reina se incorporó de la cama y le dio un beso a la pequeña criatura. Luego se quitó la cadena que llevaba en el cuello y se la entregó a su amiga.

—Es el anillo de su padre, le pertenece como nuestro futuro rey. Dáselo a tus amigos y que se lo entreguen cuando tenga la edad suficiente para entender el peso que este sello acarrea. Para que pueda reclamar lo que es suyo —Petra lo cogió de entre sus manos—. Debo escribir una carta —dijo a su amiga con voz notablemente angustiada.

—No hay tiempo...

—Solo unas pocas líneas —le cortó la reina incapaz de despedirse así—. No quiero que mi hijo crezca pensando que su madre no lo quería. —se le rompió la voz y respiró hondo para esconder su angustia, al fin y al cabo se la educó antes para ser reina que mujer. Le tendió un pergamino y una pluma y comenzó a escribir unas

pocas y sentidas palabras, la cerró con lacre y la marcó con su anillo real—. Dásela a quien cuide de él para que se la entregue cuando sea el momento.

Petra tan solo tuvo fuerzas para asentir. Observó cómo la reina besaba al pequeño Derek y cómo este alzaba las manitas hacia su madre, como si fuera consciente de lo que estaba pasando y no quisiera marcharse. Ella dejó a Peter junto a la reina y también le dio un suave beso en la frente.

—Debo irme.

La reina asintió y, con lágrimas en los ojos, le entregó a su hijo mientras decía:

—Espero poder ver el regreso de Derek.

—Lo estarás. —la reina sonrió—. Ahora tienes que interpretar un papel muy importante.

—A pesar de que Derek vivirá, para mí es como si hubiera muerto. Sabré cómo hacerlo.

Petra miró a su hijo y le dio un beso antes de alejarse.

—Será enterrado con el rey que siempre será para ti —dijo la reina—. Cuidaré de que tenga el mejor descanso posible.

Petra asintió con lágrimas en los ojos y se empezó a alejar.

La reina miró a Derek por última vez antes de que desapareciera por la puerta y, tras una silenciosa despedida, Petra salió de la habitación con el menudo entre sus brazos. Tenía que abandonar el palacio sin que nadie la descubriera. Miró al suelo y aliviaba comprobó que la sangre que manaba de ella estaba siendo absorbida por su bastas ropas y no había rastro de ella.

Estaba bajando las escaleras cuando escuchó cómo la reina gritaba de dolor por la muerte de su primogénito, pues su hijo ahora yacía sin vida entre sus brazos. Eso haría que la guardia y, prácticamente todo el castillo,

estuviera pendiente de lo que sucedía en esa habitación. Así no repararían en ella y podría alejarse sin exaltaciones. Corrió pese al dolor y no dejando que las fuerzas le fallaran, debía salir cuanto antes del reino y poder estar a salvo. Miró a Derek y observó cómo dormía plácidamente en su pecho. Ajeno a como su vida acababa de dar un giro enorme.

Quizás había sido el destino el que quiso que las dos amigas se pusieran de parto la misma noche y que una de ellas diera a luz a un niño muerto y la otra a uno vivo al que querían muerto. Fuera lo que fuese, su hijo sería enterrado como un rey y, al fin y al cabo, era como ella lo sentía. Todo debía salir bien puesto que, si así era, un día Derek volvería para reclamar su reino y ese día se haría justicia.

Al final, como ella había presentido, su hijo había terminado haciendo algo muy importante en ese mundo: había salvado la vida de un rey.



1508, 18 años más tarde...

Petra pasaba los dedos, con lágrimas en los ojos, por la tumba de su hijo enterrado como a un rey.

Dieciocho largos años habían transcurrido ya desde aquella trágica noche y no había dejado de preguntarse cómo hubiera sido su hijo si hubiera tenido la oportunidad de crecer.

Cuando dejó al pequeño Derek con sus protectores, decidieron que, por su bien, no tuviera contacto con su anterior vida. Había recibido noticias de como crecía a través de las cartas que le enviaba, aunque no tan frecuentes como le gustaría, por miedo a que cayeran en

las manos equivocadas, por eso hablaba de Derek con cuidado de no nombrar nada que pudiera ponerlo en peligro.

Cuando Derek ya había cumplido los once años, llegó una carta que solo desencadenó desgracias: había sido secuestrado por un barco pirata. Desde ese día, hacía ya siete años, no había dejado de ansiar tener una premonición, algo que le dijera dónde estaba; pero no había tenido esa suerte y eso las desesperaba y se angustiaba más. Tanto a ella como a la reina.

Angustiada por el trato de su cuñado y rey, por la desaparición de su hijo, Claris se marchó una noche para traer de vuelta a su hijo y pereció al caer por un acantilado, o eso decían los que juraron verla caer por él. Si era verdad o no, daba igual, la reina hacía tres años que había sido enterrada y esta no había regresado para desmentirlo. Lo cual daba más credibilidad a los que juraron verla precipitarse al vacío.

Miró con tristeza la tumba de esta, que yacía al lado del hijo de Petra y salió de vuelta a su casa. Una visión clara como nunca antes la paralizó y le hizo ver algo que había sucedido hacía poco. Un joven miraba con odio un barco pirata. Mientras se desataba una fuerte tormenta sobre este. Tormenta que por extraño que pareciera no tocaba el barco, furiosos rayos caían sobre este con el firme fin de destruirlo y hacerlo perecer bajo las aguas.

La imagen cambió. El capitán del barco lo miraba insolente mientras el barco se convertía en pasto del fuego y le decía algo que ella no logró entender, pero era tal la seguridad en la mirada del pirata que le heló la sangre. Sea lo que fuere, había sido importante ¿Qué le habría dicho? Otra imagen le permitió ver a ese mismo joven contemplar un anillo ya lejos del barco, en lo que parecía una humilde morada. Lo movía entre los dedos, descubriendo impactada que era el que le había entregado

la reina a sus padres adoptivos, que lo miraban con resignación y tristeza, como si la imagen de ese pequeño y lo que veían en él, más que felicidad por haberlo encontrado los llenara de pesar.

Entonces, pudo ver a qué se debía aquella tristeza: los ojos del joven eran inexpresivos, carentes de cualquier emoción. Eran hermosos pero fríos como el hielo. Tanto que un potente escalofrío la recorrió entera y le hizo temer lo peor.

Abrió los ojos y una lágrima de dolor le cayó por la mejilla, se volvió hacia la tumba de la reina y con tristeza le dijo:

—Va a regresar. Derek va a volver, pero me temo que la vida lo ha cambiado. Sus ojos no transmiten nada... ¿Qué habrá pasado mientras estuvo recluido en el barco? ¿Qué cosas habrá tenido que vivir tu hijo? Siento que nuestros mayores temores se han hecho realidad y lo vivido ha endurecido el corazón de nuestro príncipe — Petra apretó los puños y se dejó caer sobre la tumba—. Yo creía que lo había salvado... ¡Que estaría a salvo! Ahora temo que, en nuestra decisión, el pequeño haya acabado perdiendo su alma. Te necesito tanto a mi lado... —pero la reina ya nunca más volvería.



Llegó a su casa y nada más entrar la voz de su hermano le heló la sangre. Se paró en el vano de la puerta para ver qué estaba haciendo ahora con su hija y, cuando vio que una vez más trataba de enseñarle sus oscuros poderes, se acercó a ellos y deshizo los hechizos con la mano.

—Es un placer verte, querida hermana. —Petra se tragó un insulto y se colocó cerca de su hija.

—Creía que había dejado muy claro que no quería que le enseñaras tus sucios trucos de magia.

—Mamá, yo quería...

—¡Cállate! —Miró a la pequeña y le indicó que se marchara a su cuarto—. Es mi hija y yo decido qué clase de magia quiero que aprenda. Nunca dejaré que sea como tú. ¡Vete a criar a tus propios hijos, si es que los tienes!

—Un placer verte, como siempre. —El brujo rio y tomó un poco de agua de la mesa. Se alejó de allí sin decir nada más.

Petra miró impotente la espalda de su hermano y cerró los puños para tomar fuerza una vez más. Si ella podía evitarlo, no dejaría que nadie cayera bajo la tutela de este, ya tenía suficiente haciendo de confidente y guardaespaldas del inútil rey.



Dos noches después Petra se levantó del lecho de manera abrupta buscando su capa para salir de la casa.

—Madre, ¿qué sucede?

—Ha vuelto. —la joven no preguntó nada ya que no podía ser malo cuando su madre sonreía de aquella manera.

Había tenido una visión y sabía que Derek estaba en camino. Despuntaba el alba, el sol empezaba a bañar con su luz los colores claros y marrones de las bellas casas del pueblo, pero Petra ahora no tenía tiempo para admirar la belleza del lugar, debía dirigirse al castillo. Avistó el gran edificio a lo lejos, la llegada de Derek se acercaba. ¿Cómo sería? ¿Vería al igual que en sus premociones esa falta de vida en su mirada? Esperaba que no, aunque sabía que era pedir un imposible.

Siguió recorriendo la distancia que le quedaba hasta llegar a la falda del castillo, de un intenso y penetrante color blanco, con algunos detalles en azul oscuro. Se podría sentir como la magia bañaba cada humilde ladrillo. Llegó a la gran puerta que protegía la entrada y se escondió entre las sombras. Desde allí observaba la gruesa madera, rodeada por inmensas rocas. Decoradas con diseños de águilas y varias enredaderas hacían que aún pareciera más mágica de lo que a simple vista era. Y allí, a lomos de un imponente caballo negro estaba él, el legítimo rey del reino del Águila.

Los guardias se rieron del joven y este se giró para irse pero Petra contempló cómo los cielos se tornaban negros, formando una majestuosa tormenta. Si tenía dudas de quien podría ser aquel muchacho, esa gran muestra de poder solo confirmaba de quien era hijo. Se volvió y lanzó uno de los rayos contra la puerta. Los centinelas se quedaron estupefactos y no dijeron nada mientras el joven atravesaba las murallas del castillo. Su gran poder había alertado a los que allí moraban y veía como la gente corría de un lado a otro alertando de la presencia del muchacho. Era cuestión de tiempo que el actual regente saliera a recibirlo y Petra sabía que si había visto el poder del joven, sabría sin lugar a dudas quien es y haría algo.

Pues nadie tiene poder sobre los cielos y los rayos salvo un legítimo heredero al reino del águila.

Lo que no esperaba era ver como el rey bajaba a recibirlo con los brazos abiertos, como si de verdad se alegrara de su regreso. ¿Qué estaba pasando? Ese hombre estaba lejos de ser el rey odioso que mataba de hambre a su pueblo para su propio provecho. Aquello no le gustaba nada, le daba muy mala espina.

El rey hablaba con él pero ella estaba muy lejos para escuchar nada, aunque sí podía apreciar cómo Derek lo miraba con incredulidad, ya que debería conocer la

historia de cómo tuvieron que sacarlo del reino para salvarle la vida. Era comprensible que, al ver la bondad fingida de su tío, estuviera desconcertado y receloso. Por suerte la frialdad en la mirada de Derek demostraba que no se fiaba de ese hombre. Agradecía que no se relajara sin más, eso les haría ganar tiempo hasta descubrir qué tramaba. El rey, hipócrita, se arrodilló ante Derek.

—Alteza, bienvenido a su hogar —los allí congregados, atónitos, lo siguieron.

Petra se alejó del palacio con la certeza de que tras aquel grato recibimiento se escondía una triste traición.



Petra observaba entre las sombras cómo Derek recibía a las jóvenes casaderas más perfectas. Aquello se llevaba repitiendo varios días. Su tío le había prometido que, tras elegir esposa lo nombraría rey, pero ella tenía sus dudas. Sin embargo, aún no había visto nada raro en el comportamiento del actual regente y mucho menos en el de su hermano, que se había mantenido extrañamente al margen. Algo tramaban, estaba segura, pero no tenía pruebas y Derek no la creería.

Habían acudido también los padres adoptivos del chico a la fiesta y estaban ilusionados porque todo se había resuelto sin confrontaciones; Petra no podía alarmarlos con sus dudas y miedos. Tenía que esperar el momento adecuado, pero temía que para cuando actuase fuera demasiado tarde.

Se movió entre los sirvientes, conocía a muchos de ellos, y siguió con la mirada a Derek, que subía a sus aposentos. Era un joven muy guapo, se parecía mucho a su padre: alto, de cabello negro y unos penetrantes ojos bicolors. El verde y el azul brillaban con fuerza en su fría

y distante mirada. ¿Qué atrocidades había vivido aquel muchacho? ¿Era demasiado tarde para su alma? Esperaba que no, su pueblo merecía tener un soberano justo al fin. Y algo le decía que Derek con el tiempo, podría estar a la altura de dicho cargo. Aunque con poco sería mejor que su avaro tío.

Estaba paseando nerviosa cuando le sobrevino una nueva visión. Lo extraño es que era muy borrosa y no lograba percibir la escena con total claridad.

Se apoyó en una de las mesas del recibidor y tiró un jarrón. Intentó recogerlo aún aturdida por los restos de la visión ayudada por otra de las sirvientas de palacio y, conforme lo hacía, su mente le abocó nuevas imágenes más claras. Esta vez eran de un futuro muy próximo.

Su amigo y padre adoptivo de Derek, le tendía un par de anillos de plata al joven, en el balcón de la habitación de este:

—Existen muy pocos anillos perfectos. Solo unas pocas parejas tienen el don del círculo perfecto. Y esas parejas...

La imagen se tornó borrosa, empezó a escuchar la voz alarmada de la sirvienta y se levantó, como ida, para empezar a caminar. Pero pocos pasos después, tuvo otra visión más intensa.

—¡¡Padre!! ¡Tiene que ser fuerte...!

«No, aquello no podía estar pasando», pensó al ver a su amigo herido de gravedad. Empezó a caminar pero, cuando llegó a los aposentos de Derek, la puerta estaba cerrada y su magia no podía abrir el escudo que alguien había creado. Sus premociones habían llegado demasiado tarde. Corrió hacia los pasadizos que le había mostrado la reina y los recorrió a toda velocidad para poder así llegar hasta ellos. Tenía que llegar a tiempo. «¿Y luego qué?» Entonces lo vio en una nueva visión y supo lo que tenía que hacer. Una vez más, había sido una premoción algo borrosa y no estaba muy segura, pero tenía que arriesgarse

e intentarlo. No había otra salida, el tiempo se acababa. Sentía impotencia por no verla clara, pero había vislumbrado lo suficiente para decidir qué camino tomar ahora. Cuando tenía este tipo de visiones con el tiempo, se iban haciendo más claras, pero no podían esperar. Tenía que tomar una decisión ya.

Llegó a tiempo al balcón para ver cómo su hermano hería a Derek en un costado, el muchacho aún estaba en estado de *shock* por lo sucedido a la persona que quería como un padre. Petra le envió un ataque mágico a su hermano de paralización y no perdió un momento en coger al atónito muchacho y sacarlo de allí.

—Vamos, no hay mucho tiempo y mi querido hermano no está muerto. —Petra cogió a Derek y lo empujó por los pasadizos para llegar cuanto antes a su destino.

—¿Qué está sucediendo?

—Tu tío le prometió a mi hermano que le dejaría que te matara y así él seguiría siendo rey —le dijo recitando lo que había visto en sus visiones hace un momento—. Te la han jugado, y yo, como tú, lo he visto demasiado tarde. Una vez más...

—¿Quién eres? ¿Quién eres? Un momento...si él es tu hermano, debes de ser la amiga de mi madre.

—Veo que te han contado la historia —la mujer sonrió y lo miró con cariño—. Soy Petra y, sí, era amiga de tu madre. Mi don más apreciado es el de la adivinación, pero, a veces llega muy tarde.

Alcanzaron el sótano del castillo y Petra movió unas estanterías. Hacía años que ella y la reina sabían de la existencia de la puerta mágica y conocían bien su historia. La prepararon hacía tiempo, aun sin saber que ese sería el destino del joven, o tal vez siempre lo había sabido. La enorme e imponente puerta dorada con un círculo

perfecto en el centro apareció frente a ellos. Casi nadie sabía qué clase de magia tenía y hasta ahora nadie había podido abrirla.

—Un antepasado tuyo, hace siglos, creó una puerta que lleva a un plano mágico que ralentiza el tiempo. Es tu única salida, solo aquí dentro podrás llegar a ser el rey que necesita tu reino. Sé que volverás y serás digno de este cargo. Será cuando ganes a tu enemigo, pero no sé si este es mental o material. No vi más. Solo que la historia volverá a escribirse con tu vuelta. Pues tu destino es regresar, que todo vuelva a su sitio y suceda como debe ser.

—¿Y cuándo podré abrir esta puerta?

—Tú no puedes abrirla. Ese es el destino de una joven, la única capaz de completar el círculo perfecto. Sé que es tu destino. Lo siento, pero es todo lo que puedo decirte.

—No iré. Voy a quedarme y luchar. No soy un cobarde y si esa es la imagen que doy, es muy equivocada. Te aseguro que no me amilano ante nada, ya no —Derek se irguió aún más, pese al dolor de la herida y la miró con furia. No se iría sin luchar. Pero en sus ojos no había humanidad, no había nada, solo venganza y si luchaba solo cegado por esta su tío lo mataría.

—Si te quedas, morirás. Ahora solo te mueve el odio y la venganza. Más que darte fuerzas te hacen débil. Perecerás, quieras o no aceptarlo. Mira, esto no es fácil.

—¿Y eso qué lo has descubierto, gracias a tu don de la adivinación? —Petra observó al joven refugiarse tras su comentario irónico y cómo empezaba a alejarse. Lo agarró con fuerza para detenerle.

—No sé muy bien cómo será todo; esta puerta solo puede ser abierta por alguien que forme parte de tu círculo perfecto... Desconozco más y eso me molesta, porque no

sé si te envió a una prisión eterna, pero si te quedas aquí seguro que morirás. No hay otra opción —Derek, con un gesto hastiado, miró la puerta y puso las manos sobre el círculo perfecto. La puerta chirrió y se abrió, dejando que las dos mitades quedaran separadas, como si fueran dos grandes letras C, dándose la espalda la una a la otra. Derek se echó hacia atrás. Petra esperaba estar haciendo lo correcto, ojalá tuvieran más tiempo

—Te ataré a este siglo mediante un conjuro, para asegurarnos que así puedas volver cuando llegue el momento. Haré lo posible para que la gente sepa que tras esta puerta se esconde un príncipe y que así llegue a ti la misteriosa joven. Puede que con los años te conviertas en una leyenda... Espero que nadie deje de creer en ella — Petra se apresuró tras escuchar los pasos en el corredor—. No hay tiempo Derek, este reino merece tenerte como rey, pero tu destino para lograrlo es atravesar esa puerta.

—No, tienes razón, no hay tiempo. —Empezó a irse y Petra aprovechó para lanzarle un conjuro que lo empujó directo hacia la puerta y le bloqueó la salida—. ¿Qué haces? ¡Déjame salir de aquí! —Se volvió rebotado contra ella golpeando la barrera invisible que lo tenía retenido allí. Si daba un paso atrás entraría tras la puerta. Vio su furia y rabia, escuchó como el cielo crujía preso de los rayos. Nada de esto la amilanó, algo la empujaba a seguir creyendo que ese era el destino del muchacho.

Lo ignoró y dijo unas palabras para que Derek regresara y que cambiara el futuro y todo sucediera como estaba destinado a ser con Derek como legítimo rey del reino del águila.

—Estás atado a tu época, esperemos que cuando regreses lo hagas en el momento justo para que puedas vencer al rey y a mi hermano y no antes. Vamos, no hay tiempo. —Derek no se movió impidiendo que pudiera cerrara la puerta tenía que dar un paso atrás, Petra se fijó

en cómo le sangraba el costado herido—. Tras la puerta te curarás, las heridas sanan antes. Los años pasan más despacio, cada cien años será uno para ti. Mira por los espejos que hay en el lago —los pasos cada vez se escuchaban más cerca—. Podrás ver lo que ocurre en el exterior de este castillo pero no lo que pasa dentro. Busca los pasadizos y te llevarán a ellos —Petra escuchó el retumbar de una bola de energía contra la puerta—. Debes irte. Todo saldrá bien —Derek comenzó a moverse hacia el mago ignorando el escudo, Petra se estaba impacientando—. Quieto. Ahora no podrás vencerlo, confía en mí, debes hallar tu destino y mucho me temo que no está en este presente.

» Este tiempo solo ha conseguido arrebatarte el amor y los sentimientos, siento que allí encontrarás el sosiego para sanar tu alma. Tu madre así lo hubiera querido. Murió cuando salió a buscarte para traerte de vuelta. No la defraudes. Ella se sacrificó para que fueras un digno *Rey* y ahora no lo eres —aquellas palabras detuvieron en seco al joven, estaba librando una lucha interna importante. Se debatía entre hacer lo que su madre hubiera deseado y huir, o pelear como deseaba. Podía ver cómo el joven prefería morir antes de ser un cobarde—. Encontrarás libros de magia y de conjuros aquí, en el sótano, que te vendrán bien para tu adiestramiento mágico. El otro lado del castillo tiene que ser como este. ¡Suerte, Derek! Hallarás cartas de tu madre y mías que te hemos dejado escondidas, teníamos la esperanza de que un día volvieras, pero no podíamos dejar que nadie las viera...

—¡No me iré! ¡No soy un cobarde!

—Lo siento, Derek —Petra le lanzó una bola de energía que lo precipitó hacia el interior de la puerta mágica y que se evaporó cuando esta se cerró, no le había quedado otro remedio. Solo esperaba que esta no le hubiera hecho daño alguno. La puerta no se volvería a

abrir hasta que la joven destinada a sacarlo de su cautiverio lo liberase, pero para eso aún quedaba mucho, mucho tiempo.

Ahora Petra tenía que librar su propia batalla, pero tenía la certeza de que su hermano nunca la mataría. Era de lo único que podía estar segura. O eso creía ella.

—Petra... ¿qué haces aquí? —Su hermano alzó los ojos y vio la puerta cerrada—. ¡¡Maldita sea!! —gritó con fuerza. Fue hacia ella, la cogió por el cuello y la apretó contra la puerta—. ¿Por qué?

—Porque ya era hora de que se hiciera justicia.

—Es una lástima que tú no vayas a estar aquí para verlo.

Petra miró a los ojos de su hermano y vio con horror que había estado equivocada. Su hermano iba a matarla. Pensó en su niña, en su familia y rezó, mientras la vida se le escapaba, para que todo saliera bien y Derek pudiera volver a tiempo. Rezó para que el futuro cambiara y este solo fuera uno paralelo al real, que cuando Derek volviera no pereciera bajo las manos de su hermano.

Pero en este presente, sentía como la vida le abandonaba y temió por su hija, porque ahora que no iba a estar, no tendría a nadie que le impidiera que su hermano la llevara por el lado oscuro.

Creía que el tiempo se le agotaba cuando escuchó un fuerte ruido en la cocina y su hermano la empujó. Petra cayó contra unas cajas sabiendo que estaba disfrutando de sus últimos instantes. Petra vio cómo su hermano se escondía y se alejaba creyéndola muerta. Se arrastró a su casa. No supo cómo llegó a su casa sabiendo que su final estaba cerca. Buscó a su hija entre las sombras de su humilde morada y la llamó con voz muy débil.

—Tienes que prometerme algo... Por favor...

—¡Mamá! —su pequeña rompió en llanto mientras obligaba a su madre a sentarse—. Debes ser fuerte...

—¡Prométemelo!

—Haré todo lo que me pidas, pero tienes que aguantar. No puedo perderte. No puedo...

Petra contó a su hija la historia de Derek, tras hacerla prometer que no se dejaría embaucar por su tío. Le explicó que estaba en la puerta que había en el sótano del castillo y que debía hacer correr la historia de que toda joven que cumpliera la mayoría de edad debía intentar abrirla. Era importante que lo hiciera, de ella dependía que Derek no quedara para siempre encerrado. El mal no podía vencer. Derek tenía que volver, tenía que cumplir su venganza. No había nada en el futuro para él... Nada... Mientras le pesaban los ojos, que se cerraban para siempre, tuvo una última premonición. Los abrió de golpe, presa del dolor y de la certeza de que atando a Derek lo había condenado. ¿Qué había hecho? ¿Cómo no había podido verlo?

Su último pensamiento fue para Derek; rezó para que la perdonara, a ella y a sus confusas visiones, por haberlo condenado para siempre...



En la actualidad...

Evelyn

Doy vueltas en mi cama hasta el que el sueño me atrapa y entonces lo veo. No puedo verle la cara, no sé bien si es joven o viejo, solo lo veo de espaldas apoyado en el balcón observando la oscura noche, exenta de estrellas desde el balcón de mi cuarto. Y aunque no puedo verle bien, su soledad se adentra dentro de mí haciéndome desdichada. Como si esta fuera un dolor sordo en el pecho.

Me despierto angustiada y con los ojos llenos de lágrimas, pensando que sueño con esto debido a la leyenda que circula por el reino mágico. Esa en la que no quiero creer... no creo, mejor dicho. Solo es un cuento para niños.

Esto no impide que coja mi bata y baje hacia la biblioteca donde están los libros de este reino. Esos que, aun recelosa, he mirado más de una vez sin encontrar

nada relevante, como si alguien hubiera destruido casi todas las historias que se guardaban de los habitantes de este castillo. Tratando de encontrar una explicación algo que me dé la razón en cuanto a esta leyendas.

Y como siempre, no hallo nada mejor, ya que no creo ni quiero creer en la leyenda. Hacerlo solo me haría desdichada.



—¿¡A que es fantástico!?

Observo a Ana, una de las jóvenes del pueblo mágico. Acaba de llamar a mi puerta, a una hora muy temprana, para sacarme de la cama donde trataba dormir tras mi paseo de anoche hacia la biblioteca. Intento escuchar que dice, aunque esta historia me la han repetido tantas veces desde que estoy aquí que, entre el sueño y mi reticencia a creer en la leyenda del príncipe encerrado, no puedo evitar ignorar sus palabras.

¿Ha dicho que es fantástico? Yo creo que fantástico sería que dejaran de llamar a mi puerta a una hora tan temprana, pues entre eso y lo que me cuesta dormir debido a los sueños que tengo con ese misterioso hombre, no duermo nada bien desde que llegué. Pero Ana no tiene la culpa de mi reticencia a creer en príncipes encantados y a mi mal despertar.

Ana es pelirroja y más o menos de mi misma altura. Su cara es muy alegre, puede que sean las pecas las que transmitan esta sensación, y sus ojos verdes brillan con intensidad. Desde que llegué ha tratado de que me adapte a este lugar y, aunque no somos amigas, no puedo negar que me cae bien.

—Lo fantástico sería... bueno da igual —no sé qué me pasa últimamente, siempre me he despertado

temprano y no me ha molestado, al contrario, lo veo necesario para empezar bien un día, pero desde que estoy aquí, estoy... cansada y no solo físicamente. Veo cómo entran al castillo, día tras día, para intentar abrir la puerta mágica y cada vez que lo hacen, en el fondo trato de comprenderlas, pero solo siento incredulidad ante algo que no me acaba de convencer. Estoy harta de tratar de entender algo en lo que no creo, en lo que desde niña me han obligado a no creer. Para mi familia la magia es comparable a tener la peste y siento que, si creo en ella les estoy defraudando.

Ana niega con la cabeza, sin poder cambiar esa cara tan feliz y animada. No comprendo por qué les pone tan felices tener la mayoría de edad y probar suerte con la puerta. Pero es evidente que la gente de este pueblo cree firmemente en la leyenda. Y si esto no me gustara ya me habría ido, ¿no? Muchas veces me pregunto que me retiene aquí. Por qué sigo pese a que mi familia lo desaprueba. Y a día de hoy no he encontrado respuesta para explicar que me retiene.

—Estoy nerviosa. —Ana sonrío y me mira con ilusión. Le devuelvo la sonrisa sin poder evitarlo—. ¿Te imaginas que soy yo la que consigue abrir esa puerta? Desde hace años, he visto cómo un sinfín de jóvenes venían a probar suerte. Todas salían desilusionadas pero yo las miraba alegre porque, si estaban tristes, quería decir que podía ser yo la elegida —su mirada parece perdida en el recuerdo.

—Te deseo mucha suerte y si de verdad aparece ese tal Derek, llévatelo lejos.

—Qué mal humor por la mañana, ¿no? —dice de pronto sonriendo—. Ya verás como todo eso se termina hoy.

—Eso espero. Ahora te dejo con tu príncipe.

Me da un espontaneo abrazo que me desconcierta. Cuando se separa ha contagiado en mí su alegría y sonrío sin poder remediarlo.

Se aleja hacia el sótano mientras voy a la cocina, sabiendo que no tardará en pasar lo de siempre: entrará con ilusión y cuando compruebe que esa puerta no se abre saldrá llena de tristeza.

No me creo esa historia de que, en un plano paralelo a este, el príncipe Derek se encuentra atrapado, esperando salir de su encierro, pero la gente de este pueblo parece que sí. Es más, Derek sin existir, habita en cada uno de ellos, respetan su historia y no dejan que, con el paso del tiempo, se pierda su leyenda.

Por mi parte, pienso que es mejor aceptar las cosas reales, las que se palpan. La magia existe, pero no la considero tan potente como para que de verdad esta leyenda tenga fundamento.

La magia es solo un *don* y nada más. Tal vez, algún día, de verdad salga de la puerta mágica el príncipe Derek, pero hasta que ese día llegué lo pondré en duda. "*Ver para creer*", como siempre ha dicho mi abuela. Eso es lo único que me vale; demasiado que creo ya en la magia.

Casi nunca he usado magia, para desgracia de mi familia, yo poseo el *don* y esto hace que no pueda negar que existe. Aunque nunca he usado mis poderes salvo la vez que los descubrí. Siempre que lo intento, mi mente evoca el día en que lo supe y no puedo evitar que un escalofrío me recorra todo el cuerpo. No logro exteriorizarlo; no estoy preparada para hacerlo y me temo que nunca llegará el día que lo esté. Una parte de mí se niega a hacerlo. Y otra... otra es la que hace que esté viviendo aquí sola. No puedo negar que lo desconocido me asusta y aterra pues sé lo que pasará si quiero usar mi don.

Desvió mis pensamientos enseguida, en ocasiones es mejor no desenterrar el pasado.

A veces, cuando entran sonriendo en el castillo, esperando ser la joven que abra la puerta, siento un ápice de envidia pero la reprimo, porque estoy muy bien así, eso solo haría que complicarme la existencia. No quiero defraudar a nadie.

He pasado toda mi vida en “*el mundo exterior*”, como aquí lo llaman, es decir, el mundo sin magia y, pese a saber de la herencia mágica paterna y de la existencia de mi don, nunca había sentido la necesidad de usarlo.

Sabía que estaba ahí, en mí, pero lo dejé a un lado, muy oculto en mí ser. Tal vez porque mis abuelos maternos, con quienes me he criado, creen que es una pérdida de tiempo y que hay que tener los pies en la tierra. Mi vida está en el mundo exterior y en él no se puede usar este don, está penado por ley y la gente con poderes es repudiada. Por lo que usar o canalizar mi don, como dice mi abuela, no sirve para nada Y tiene razón. Yo viviré, me casaré y seré muy feliz allí, sin usarlo...

Lo cierto es que desde que descubrí que mis abuelos paternos me habían dejado este castillo en herencia al morir, sentí la necesidad de explorar este mundo y también la magia que hay en mí. Por eso estoy aquí viviendo sola, lejos de todos mis seres queridos. En vez de empezar mi carrera en la universidad, aplazando por un tiempo lo que debería hacer.

Sin embargo, a día de hoy, aún no he sido capaz de dejarme llevar por ella. No sé si algún día estaré preparada para hacerlo o si aguantaré las quejas de mis abuelos y mis propias dudas el tiempo suficiente para entender el poder que poseo. Odio sentirme dividida entre lo que quiero hacer y lo que debo. Porque, pese a ser un mundo bastante rechazado, no está muy lejos de donde vivía. Y eso hace

fácil el plantearse la idea de regresar al punto de partida, la casa de mis abuelos.

Realmente, lo único que hace misterioso y lejano a este pueblo, es que circulan miles de historias sobre lo que sucede aquí, después de todo este tiempo, sé que casi todas son inventadas por personas que no tienen nada mejor que hacer para evitar así los pocos que se quieran acercar a estas tierras para curiosear. El miedo los mantiene lejos y esta gente vive libre y feliz usando su *don* sin que nadie los trate mal por ello.

Mis padres eran muy jóvenes cuando me tuvieron y no estaban preparados para hacerse cargo de un bebé, ni contaban con el apoyo de sus progenitores, ellos querían que siguieran con su vida, así que me dejaron al cuidado de mis abuelos maternos. Cuando lo estuvieron tenía diez años. Supondría un cambio demasiado grande y brusco para mí. Así que al final, se decidió que era mejor que las cosas siguieran como siempre. Fue lo mejor... Aunque a veces, cuando mis padres vienen a verme, añoro el irme con ellos. Y esto me hace sentir mal por mis abuelos que me han educado desde que tengo uso de razón. Mi abuela siempre ha intentado que fuera como ella, por mi bien. Me han tratado más como una hija que como una nieta y les estoy agradecida, porque cuando mis padres no sabían qué hacer con un bebé ellos cuidaran de mí.

Les debo todo.

Soy consciente de que desde que estoy aquí, lo único que hago es defraudarlos y eso me hace sentir mal conmigo misma, como si solo buscara revelarme y llevarles la contraria. Ellos desean que vuelva cuanto antes a casa y siga con mi vida para así, olvidar esta parte de mí. Seguramente, lo mejor sería hacerles caso, pero cuando pienso en ello, me invade la duda y entonces me quedo aquí, en este pueblo, viviendo sola en este inmenso castillo. Donde, aunque parezca mentira, no siento miedo.

He paseado alguna vez por el pueblo para comprar algo de comida y he mirado algún que otro escaparate, pero no me siento parte de esto. Lo que menos he hecho ha sido pasear por el puerto. Es como el resto del pueblo, no hay nada fuera de lo normal; si por normal se entiende gente haciendo magia, claro. Como me cuesta acostumbrarme a todo esto, he optado por recluirme en mi habitación, a salvo de cualquier peligro. Y sobre todo de mis propios sentimientos.

—No se ha abierto —miro hacia la puerta de la cocina y veo a una Ana llorosa—. No ha cedido ni un poco.

—Ven, te prepararé algo calentito que te despeje —empiezo a prepararle un café. Perdida en mis cavilaciones y se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta—. Lo siento —digo porque sé que para ella era importante.

—No te preocupes —le resta importancia aunque sus ojos dicen otra cosa bien distinta—. ¿No te da miedo vivir aquí sola? Se escucha tanto silencio... —Ana finge un escalofrío al pensar en ello.

—No, la verdad es que no —Sonrío y sigo a lo mío.

—Desde niña he ansiado cumplir dieciocho años para esto. Se me hace tan raro saber que ya ha pasado mi momento y no ha cambiado nada...

—Piensa que ahora iras a casa a celebrar tu cumpleaños... Porque lo celebrarás, ¿no? —Ana me mira muy contenta.

—Sí, mi madre está muy ilusionada con ello y me ha preparado una fiesta. Estoy deseando ver mis regalos —Sonríe como una niña pequeña y yo me quedo absorta en su sonrisa y su ilusión envidiándola. Me giro y saco la cafetera del fuego. ¿Cómo hubiera sido mi vida de vivir con mis padres? No lo sé y nunca lo sabré porque ellos

desde hace años no hablan conmigo. Sé de ellos por mi abuela.

—¡Au!... —aparto la mano de la cafetera.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada.

—Creo que ya sé por qué no tienes miedo a estar aquí sola. Te debe de calmar el saber que, en otro plano, Derek está tan solo como tú, vagando por estos pasillos —Lanza un suspiro—. Tiene que ser guapísimo. Dicen, que sus ojos eran una mezcla de los de sus padres: el verde de su padre y el azul marino de su madre. Qué raro, ¿verdad?

—Sí, mucho —Sirvo el café y me siento a su lado.

—Bueno, yo en parte solo quería abrir la puerta por ser especial... —sonríe y le da un sorbo al café—. ¡Ay! ¡Quema mucho! —Lo sopla y me mira sonriente—. Mi novio ha dicho que es posible que pueda volver pronto.

—¿Tienes ganas de verlo?

—Sí... claro. Aunque hablamos por teléfono no es lo mismo que tenerlo cerca —admite y busca rápido cómo cambiar de tema, dejando claro que no quiere seguir hablando de su novio—. ¿Has visto el retrato de los reyes?

He contestado a esa pregunta un sinfín de veces, pero lo curioso es que, nadie me pregunta si he visto el cuadro del brujo, que fue el que heredó el castillo tras morir el hermano del rey, el último de sangre real que habitó entre estas paredes.

Lo cierto es que encontré hace pocos días el retrato de mi antepasado y ojalá no lo hubiera visto. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, me sobresalto con la misma intensidad cada vez que lo recuerdo. Además, desde entonces, su mirada negra como la noche me persigue en sueños.

—Sí, los he visto. Es extraño que solo haya uno, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí, pero han pasado tantas cosas extrañas alrededor de esa familia, que me sorprende que quede alguno.

—Tienes razón —digo sintiendo de repente una gran curiosidad por tantas preguntas sin respuesta.

—Pues dicen que si el rey era guapo, Derek aún lo es más. Solo que su alma era oscura, como su pelo. Eso dicen. El día que desapareció era el día que debía elegir a su futura esposa.

—Lo sé.

—Claro. —ríe—. Estas historias llevan contándose desde el día en que Derek fue encerrado. Quien lo encerró se encargó de...

—De que todo el mundo lo supiera y probara suerte con la puerta.

—Tendrías que ser más amable con esta historia, gracias al testamento que dejó antes de morir el tío de Derek, su consejero, heredó el castillo y gracias a eso ahora es tuyo —Me mira sonriente—. ¡Qué emocionante saber que tu antepasado fue casi rey!

—Sí, muuuucho —pensar en él no despierta nada en mí, solo puedo ver una mirada fría y siniestra. Aunque tampoco he conocido a mis abuelos, lo mismo eran como él.

Lo que no se sabe es por qué...

—Derek, el encantador príncipe —digo con voz cansina—, acabó encerrado.

—¿Te lo han contado? —Pregunta en tono irónico.

—Alguna vez —«*Miles y miles de veces!*», chillo en mi interior, pero ambas nos reímos.

—¡Es tan emocionante!

—Sí, *muuuuy* emocionante. A mí me da igual toda esta historia.

—¿Y no tratarás de abrir la puerta?

—¿Yo? Te aseguro que no. Por mí, ese principito puede quedarse allí, si es que existe.

—Existe. Además el castillo aún tiene las marcas de la batalla que se libró hace siglos. Se cree que fue lo que impulsó a Derek a cruzar la puerta mágica. No comprendo por qué no han restaurado la preciosa puerta de piedra donde antes estaba la entrada a la fortaleza del castillo, es increíble, debió de ser muy imponente en su día, con esos delicados tallados de águilas.

—Lo sé. Creo que tú misma me has contado esta historia alguna que otra vez —es un poco pesado que todo el mundo te atosigue con lo mismo. «*Decididamente, hoy estoy quisquillosa.*»—. Lo siento. No he tenido buen despertar.

—No pasa nada —me sonrío con calidez—. ¿Y tú qué? Pronto vas a cumplir los dieciocho. ¿Lo vas a intentar?

—No —respondo con rotundidad.

—¿Y si fueras tú? ¿Dejarías que *mi* pobre Derek se quedara encerrado para siempre allí? ¡No puedes ser tan mala!

—¡¡Por favor!! —Dejo caer la cabeza en la mesa—. En este pueblo no solo sois pesados, también estáis locos y obsesionados con esa historia —digo con un deje de broma que por la risilla que emite sé que lo ha pillado.

—Eres una cascarrabias. Evy, deberías probar a divertirte más. Eres lo que se dice toda una *viejoven* —Ana coge una de mis magdalenas y me guiña un ojo antes de probarla—. Deliciosas, me pienso llevar dos más para luego.

—A lo de locos y obsesionados añado también gorriones —se ríe y me contagia. Con Ana siempre consigo olvidarme de todo, tiene esa facilidad.

Es una chica muy peculiar, siempre está sonriendo, trasmitiendo felicidad y estando a su lado no puedes evitar sonreír.

Desde que llegué a este pueblo siempre ha estado cerca de mí: o me trae comida que ha hecho su madre para mí o viene simplemente a hacerme compañía. Se me hace raro tener una amiga, o algo similar; en el internado donde estudié, todas pensaban en sí mismas y en sus estudios, y no estoy acostumbrada a esto, pero, a pesar de ello, no me disgusta.

—¡Ehh!! No todos tenemos un castillo por casa. Si fuera mío ya habría organizado alguna fiesta.

—Que no haga una fiesta y sea responsable no me hace aburrida —es algo que odio que me digan y que todo el mundo siempre se ha molestado en recordarme—. Soy como todos los jóvenes de mi edad, o más bien como deberían ser —trato de defenderme repitiendo la cantinela que me dice mi abuela.

— ¡Ja! Tú no eres como los demás, lo tienes siempre todo previsto. En tu vida no hay lugar para los imprevistos, por eso no crees en Derek, ¿verdad? ¡Porque no está dentro de tus planes! ¡Algo para lo que tu ordenada vida no está preparada! Además, la ropa que llevas...

—Vale. Ya has dicho lo que pensabas y te equivocas —corto la conversación en seco, pues yo solo actúo como me sale. ¡Solo soy yo misma! Y a día de hoy me ha ido siempre muy bien. En la vida real no hay tiempo para soñar, si lo haces, la caída es mucho más grande y, al fin y al cabo, los pies deben estar en la tierra. Al menos yo puedo agradecersele a mi abuela, pues esa es una lección que tengo muy bien aprendida. Estoy muy orgullosa de

sus enseñanzas, a ella le debo cómo soy ahora; compartimos muchas cosas, me parezco mucho a ella, y eso hace que nos entendamos a la perfección.

—Vale, lo siento. Pero no entiendo como teniendo poderes no has ido a dar clases para perfeccionarlos. Tal vez no deseas aceptar tu don. Si fuese así, vendrías a clase conmigo, ¿no?

Ana sabe lo de mis poderes porque se lo dije, ya que en este pueblo no todo el mundo tiene *don*, y algunos solo lo usan de vez en cuando. Cuando preguntó le dije que sí sin antes pararme a pensar si quería o no que lo supieran en el pueblo, ahora ya es tarde, lo saben todos. Culpa mía por no pedirle a Ana que guardara el secreto.

—No se puede hacer algo tan importante así como así. El día que esté preparada iré.

«O mejor dicho, el día que decida si quiero incluir o no la magia en mi vida», pienso.

—Claro. ¿Y si ese día no llega...? Deberías ser más impulsiva, Evy. A veces rallas el aburrimiento—Me saca la lengua queriendo restar importancia a sus duras palabras.

No la saco de su error, y tampoco le corrijo mi nombre ya que con Ana parece no servir de nada. No me gusta ese diminutivo, me hace parecer como una niña, y ni tan siquiera cuando lo era me llamaban así, pero por más que se lo he dicho, Ana sigue llamándome así.

Sé que no soy la diversión personificada, ¡Pero tampoco soy aburrida! Aunque prefiero que piense que es por mi forma de ser, a que vea mi temor ante la magia y mi recelo y el hecho de que puede que la haya perdido para siempre. Es muy probable que nunca llegue a estar preparada para algo así.

—Bueno, pues es lo que hay. —Me levanto y comienzo a recoger la mesa.

—Solo tú ordenas las camisetas de mayor a menor tamaño y la ropa interior por colores y...

—Vale, bien, soy ordenada. Punto. Ahora, déjame sola.

—No pretendía molestarte.

—Lo siento... No lo has hecho. Solo... Tengo sueño —miento. Me gusta llevar un orden pero no es malo, ¿no?

—Esta tarde estaremos en mi casa viendo una peli después de celebrar mi cumpleaños. Luego iremos a tomar algo a la hamburguesería del puerto. Si quieres, pásate.

—Lo pensaré —respondo sabiendo que si le digo que no iré insistirá más.

Cuando se va, subo a mi habitación para meterme bajo las sábanas y ver si es posible seguir durmiendo. Entro en mi habitación, que, según me han hecho saber, en su día fue de Derek. Los colores blancos y dorados predominan en ella y en el techo hay un precioso dibujo de escayola. Las paredes no están del todo pintadas: parte de ellas tienen dibujos, también de escayola, y dentro papel con colores cálidos. El mobiliario es una mezcla entre este siglo y los anteriores, pero siempre domina la elegancia.

Miro todo el orden que me rodea y pienso en las palabras de Ana, tal vez tengan razón y no me gusten los imprevistos pero, pese a que me costó asimilar que tenía magia, aquí estoy. Aunque claro, lo acepté, pero más tarde los argumentos de mi abuela de por qué no debía hacer uso de ella, me convencieron para que no volviera a pensar en hacerla nunca. Y en su momento lo vi bien; yo no pertenecía al mundo mágico, ¿para qué quería la magia? Además, luego, en el internado, no tenía tiempo para pensar en ella...

Este don no tiene cabida en mi vida, he crecido sin él y he sido una niña muy feliz. He aprendido de lo que me rodeaba y he vivido sintiendo el orgullo de mis abuelos cuando me veían como un reflejo suyo. Estoy orgullosa de mis logros. Me gusta cómo es mi abuela, desde niña siempre la he admirado, perfecta, recta, educada, sabe estar en su lugar en todo momento. La admiro mucho y por ello me he esforzado mucho por ser como ella, y me han ayudado mucho todas las enseñanzas y consejos que me ha dado para conseguirlo y hoy por fin puedo decir que soy igual que ella.

Debería sentirme bien, me gusta el orden, y no me gustan los imprevistos, pero cuando mi padre vino y me entregó los papeles del castillo y en él estaba yo como única dueña, sentí la imperiosa necesidad de venir aquí. Por supuesto, mi decisión de instalarme aquí y retrasar mi entrada en la universidad no sentó bien a nadie, y a mis abuelos mucho menos, pero no se opusieron. Todos saben que no tardaré en volver, este mundo no es para mí.

La vida del pueblo es totalmente diferente a como yo he vivido. Me sorprendió mucho. Todos me tratan como si fueran amigos íntimos, no tienen reparos para usar su magia en cualquier ocasión, y siempre tienen una palabra amable para uno. Les extrañó mucho mi carácter, en una de las ocasiones, unas jóvenes se quedaron calladas, mirando cómo servía el té y cómo me sentaba después con las piernas cruzadas y giradas hacia un lado. No comprendí su asombro hasta que las vi sentarse sin orden ni educación. Es todo tan diferente a lo que he vivido que a veces me pregunto por qué no cojo las maletas y me marcho de aquí. No encajo aquí, pero no puedo hacerlo, hay algo en mi interior que me empuja a quedarme...

Pese a eso, me cuesta mucho creer en la historia de Derek. ¿Un plano paralelo a este? No tiene ninguna lógica,

ni explicación, y mi mente razonable sabe que no es posible el *don* de la magia no es tan fuerte para lograr algo así. Aun así, desde que llegué, no he dejado de investigar por el castillo y de tratar de encontrar algo que sacara a los pueblerinos de su error en cuanto a Derek, o a mí del mío. Pero no hay nada que cuente la historia de Derek. Como si alguien se hubiera encargado de destruir cualquier dato de este joven príncipe con propósito de que se olvidara su existencia. Y eso ha aumentado mi curiosidad, aunque me cueste reconocerlo.

Salgo al balcón y me apoyo en el mismo sitio dónde sueño que está un joven oscuro y misterioso todas las noches. No es la primera vez que lo hago, es como si mi subconsciente tratara de hallar alguna señal, lo cual ya sé de antemano que es imposible.

Respiro el aire cargado de humedad por el mar y me siento relajada y en paz. Las cálidas casas del pueblo, de color marrón y crema, hacen que sea un sitio agradable y te invite a pasear por ellas. Es como si no hubiera pasado el tiempo por él. He vivido rodeada de tecnologías y de toda clase de lujos, mi abuelo nunca ha escatimado en gastos, pero en este lugar, aunque hay tecnología, siguen usando métodos de antaño. Eso lo hace aún más especial. Aunque me sorprendió, ahora lo he aceptado y me gusta. Incluso ir paseando por la calle y ver a la gente vestida, mezclando épocas, sin importar el paso de las modas y los años.

Resigo con la mano la fría piedra del balcón y pienso una vez más en Derek. No puedo creer que exista, pero eso no evita que piense que, de ser cierto, debe de sentirse muy triste estando solo a la espera de algo que no sabe si sucederá o no, viendo cómo pasa el tiempo y esa puerta que le separa del mundo real no se abre. Puedo entender su soledad, aunque yo nunca me he sentido mal rodeada de esta.

Esta historia no puede ser cierta...

Este castillo está repleto de magia, es muy difícil ignorarla, te recorre en cada pasillo, en cada habitación, en cada perfecto y cuidado ladrillo y me pregunto si eso es lo que lo mantiene en tan buen estado.

Lo peor de todo, es que tras dos meses de vivir aquí, no sé qué hacer con mi vida, no sé por qué sigo aferrándome a estar en este lugar. Estoy defraudando a mi abuela, se encarga de llamarme casi todos los días para recordarme cuál es mi sitio, pero por primera vez en mi ordenada y perfecta vida, he de reconocer que no sé cuál es en realidad mi lugar. Eso me aterra y me hace sentir como si todo a mí alrededor se estuviera desmoronando.

Me siento perdida. Y asustada por lo que estoy descubriendo en mí misma y que me hace replantearme sin querer tantas cosas. Que mis abuelos no me obliguen a volver me desconcierta a la vez que me da un respiro. Pues más que nunca necesito que confíen en mí.

Entro en la habitación y me lanzo sobre el colchón. Miro los doseles de la cama y recuerdo las noches que he soñado con quien creo que es Derek. Sé que solo es producto de la cantidad de veces que he escuchado estas historias, pero eso no evita que cuando sueñe con ese príncipe misterioso, al que siempre veo de espaldas en el balcón, no pueda ignorar el sentimiento de soledad que me recorre.

Lo más extraño de todo, y para lo que no tengo explicación alguna, es que cada mañana, cuando me despierto tras soñar con él, noto mis mejillas mojadas por las lágrimas. Esto debería ser suficiente para aterrarme y largarme de aquí, pero no lo hago, es como si un lazo invisible me atara a este lugar. Aunque no sé qué hacer, sí sé qué esperan de mí. Tal vez me aferro a este lugar para comprender el porqué de este apego al castillo mágico, por qué me siento tan en calma entre estas paredes...



Red Apple Ediciones
Moruena Estríngana©2016